torizó á Egmont y á sus dos colegas para celebrar un tratado con los diputados de la asamblea de Saint-Trond. Pusiéronse de acuerdo en los puntos propuestos al consejo: los nobles á su vez prometieron disolver su confederacion, hacer deponer las armas y sus prosélitos, y ayudar al restablecimiento de las iglesias, monasterios y hospitales destruidos, haciendo castigar á los autores de aquellos abominables saqueos.

Este convenio fué redactado como un tratado de potencia á potencia. El 25 de Agosto de 1567, el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn, el señor de Hachicourt, y el consejero de Assonville por parte de su alteza, recibieron el acta y el juramento de los nobles en número de trece ó catorce, á cuya cabeza iba el conde Luis de Nassau. Inmediatamente la gobernadora mandó cartas y copias que fueron enviadas en forma de circulares, y que hicieron cesar los desórdenes en todas partes.

Lo único que temia esta princesa, era el tener que informar á Felipe de las concesiones que habia hecho. En aquellas cartas manifestaba su dolor y su arrepentimiento, y decia que nada absolutamente habia prometido en nombre del rey sino únicamente en el suyo, y para disculpar su condescendencia y apaciguar á su señor, se escudó con la necesidad, dando á entender que las atrocidades cometidas tenian sin duda por instigadores á los que trataban de escusarlas, esto es, á los miembros del consejo tan inclinados á la clemencia. No contenta aún con eso, llegó hasta el punto de acusarlos, sin nombrar á nadie, de un complot que tenia por objeto el verificar un cambio en la religion y en el Estado.

En esta época habíanse ya tranquilizado los ánimos. Los moderados decian que si el rey ratificaba las concesiones hechas por la gobernadora, no tendrian motivo alguno para vivir en una agitacion tan funesta para la prosperidad pública. Egmont era de este número: veia un porvenir tranquilo, y demasiado leal para sospechar nada, creia en la fé jurada aunque habia ya sido víctima de su confianza. Ademas, respetaba la majestad real, y nunca habia pensado en sustraerse á su autoridad.

Pero Felipe alimentaba proyectos de venganza. Hizo prestar un nuevo juramento á todas las autoridades. La fórmula de este juramento contenia entre otros compromisos, el de servir al rey fielmente contra cualquiera que fuese declarado reo de lesa majestad. Esta cláusula por sí sola debia haber abierto los ojos á los mas confiados, y sin duda alguna hubiera despertado las sospechas de Egmont, si engañado por los halagos de la gobernadora, fatigado por las conmociones populares y lleno de esperanzas por la venida del rey, no se hubiese hallado íntimamente convencido de que su deber era el de unirse á la corte.

De manera que no se negó á prestar el juramento propuesto. Los condes de Horn y de Hogstraeten se escusaron modestamente, mientras que el príncipe de Orange, avisado de lo que pasaba en el gabinete de Felipe, rechazó con altivez este juramento, diciendo que se hallaba pronto á renunciar todos sus cargos y á retirarse.

La duquesa, que le temia y queria estar bien con él, le hizo pedir una conferencia con el conde de Egmont; pero á pesar de ella permaneció inflecsible, y aun hizo al conde revelaciones que hubieran podido hacerle renunciar á su ciega credulidad.

Entre tanto se supo que el rey antes de ir á los Países-Bajos se hacia preceder de su primo el duque de Alba, con el encargo de obviar algunas dificultades.

El príncipe de Orange habia previsto este desenlace, é hizo una postrer tentativa para desengañar á Egmont. Avistáronse en Termonde sin permiso de la gobernadora, quien denunció al rey esta entrevista como una nueva conspiracion.

Los condes de Horn y de Hogstraeten encontráronse allí con Luis de Nassau. En esta solemne entrevista fué cuando el príncipe de Orange y el conde de Egmont al separarse: se dirigieron aquellas palabras que quedaron impresas en la memoria del pueblo.

—*¡Adios, príncipe sin tierras!* dijo á Guillermo el conde de Egmont, siempre en su tono jovial.

Y el taciturno príncipe contestó con estas palabras fatales y proféticas.

—*¡Adios, conde sin cabeza!*

Egmont volvió á Bruselas; el príncipe de Orange partió para Alemania, á donde se habian refugiado el conde de Culembourg y otros personajes de importancia. Su retirada hizo una gran impresion: los nobles, los comerciantes, los ciudadanos mas influyentes de todas las ciudades, resolvieron espatriarse: la desercion fué tan contagiosa que la gobernadora escribió al rey que habian salido del país mas de cien mil personas.

Habian tratado de impedir la entrada en el país á los españoles, no admitiéndolos sino despues de una capitulacion firmada en la frontera. Algunos habian pensado en oponerse con las armas á su paso; pero estos proyectos no tuvieron resultado de ninguna especie.

El ejército del duque de Alba se componia de las mejores tropas, y aquel ejército, cuya disciplina se alababa tanto, iba seguido á su llegada á Bélgica de cuatrocientos *cortesanos á caballo, lindos y valientes como princesas*, y de ochocientos á pié, *iguales en todo*.

Una escolta tan bulliciosa correspondia mal á la idea que se tenia formada de la rigidez del duque de Alba. Pero los usos de la época estaban en consonancia con este costraste, y conforme con ellos no era por eso ni menos rígido, ni menos inflecsible. Hé aquí su retrato: aquel aspecto frio, severo, aquella cara larga, aquella barba puntiaguada como una hoja de puñal, revelan un alma de bronce. Sin embargo, aquel hombre no era cruel por temperamento; con un corazon severo y altivo queria que todo cediese ante el amo á quien obedecia. Inclemente á causa de un conocimiento poco esclarecido del deber, aplicaba á todos indistintamente las mácsimas del despotismo militar: soberbio, absoluto, reputaba como un crímen la mas

ligera oposicion! El era quien habia aconsejado á Cárlos V la destruccion de Gante, despues de la insurreccion de aquella ciudad. La sangre que derramó cayó sobre su cabeza; pero el resentimiento y el ódio han ecsagerado algun tanto sus acciones.

El 22 de Agosto de 1567 hizo su entrada en Bruselas, y se apeó en el palacio de su alteza la duquesa Margarita para ofrecerla sus respetos: despues fué á alojarse al palacio de Culembourg donde recibió las felicitaciones de la nobleza.

El conde de Egmont, antiguo compañero de armas del duque de Alba, fué uno de los mas obsequiosos. Salió á recibirle y le regaló dos magníficos caballos de montar. El duque, que hasta allí habia pasado por hombre franco, desmintió entonces su reputacion. Cuando se tributan homenajes á la fuerza parece que debiera desdeñarse el usar de la doblez. La perfidia y la mentira son patrimonio de la debilidad. Pero el poderoso y terrible duque de Alba las juzgó útiles al buen écsito de sus combinaciones. Violentando su carácter, hizo por parecer afable y cariñoso con los que pretendia perder. El conde de Egmont fué uno de los mas obsequiados por él. Una parte de la nobleza procuraba hacerse buen lugar, y la corte del duque de Alba era numerosa. Deseaban adivinar en aquel semblante que se admiraban de ver sonreir, los secretos presentes y las promesas del porvenir. Egmont habia vuelto á recobrar su alegría; el conde de Horn, algo mas desconfiado, no le habia querido acompañar al palacio de Culembourg. "¿Nuestro peligro no es el mismo?" le dijo su amigo. Y le llevó á casa del duque, quien lo recibió perfectamente.

Habia con frecuencia consejos de guerra, á los que se invitaba á estos señores que se hallaban en su elemento. El duque les dió parte inmediatamente de su proyecto de construir tres ciudadelas para la seguridad del país; otras dos sobre los confines en Groningue y en Valenciennes. Llevaba consigo ingenieros italianos que iban de un punto á otro, levantaban planos y multiplicaban sus cálculos. Todo esto fué sometido al consejo: discutióse sobre los fondos que serian menester para estas obras y sobre su pronta ejecucion.

El duque de Alba parecia tener mucha prisa: pidió una resolucion definitiva y mandó citar para una última reunion que se verificaría el 9 del prócsimo Setiembre, para la cual se tuvo cuidado en citar á los miembros del consejo que se hallaban ausentes.

El conde de Hoogstraeten, pretestando hallarse enfermo, no se habia aun presentado y entonces se puso en camino, pero cerca ya de Bruselas recibió una carta que le hizo volverse atras con toda la posible precipitacion.

La reunion del consejo se verificó en el dia señalado. El duque de Aerschot, los condes de Aremberg, de Mansfeld y de Berlaimont asistieron á el con algunos estranjeros, Fernando de Toledo, Vitelli, Cervellone, Ibarra y el conde Paccioti, gefe del cuerpo de ingenieros. El duque habia dado órden para prender con mucho sigilo á Juan de Casembroot, señor de Backerzeel, intendente del conde de Egmont, que sostenia una pequeña corte, siendo servido por caballeros de buenas casas, parientes suyos la mayor parte. Aseguráronse al mismo tiempo por astucia ó por fuerza de la persona de Antonio Van Straelen, burgo-maestre de Amberes y confidente del príncipe de Orange.

El aviso que el duque esperaba con respecto á estos dos individuos le hizo prolongar el consejo, queriendo al mismo tiempo dar lugar á Sancho de Avila para invadir el palacio de Culembourg y para interceptar todas sus avenidas.

Así que hubo llegado el aviso, despidió al consejo y mandó prender, como ya hemos dicho, á los condes de Egmont y de Horn.

V.

Así que tuvo en su poder á los condes de Egmont y de Horn, el primer cuidado del duque de Alba fué apoderarse de sus papeles y hacer inventariar ó secuestrar sus bienes y sus muebles.

El dia 23 de Setiembre fueron trasladados los prisioneros del palacio de Culembourg, al castillo de Gante; Egmont iba en una litera llevada por dos mulas, el conde de Horn en una silla de posta; iban escoltados por trescientos caballos y cerca de mil doscientos soldados de infantería, todos españoles.

El duque de Alba habíase quitado la careta; envió despachos en los que anunciaba que queria tomar informes por sí mismo y en su consejo, de todos los escesos cometidos durante las revueltas, tanto en materia de religion como de gobierno, con espresa prohibicion á los jueces de entender en este asunto. Este era el preludio de ese famoso tribunal llamado *consejo de las revueltas* por los españoles, y *consejo de sangre* por los belgas.

Desembarazado de la gobernadora, creó este tribunal compuesto de doce jueces, bajo su presidencia. La mayor parte de estos se avergonzaron de semejante cargo, y el duque de Alba y Vargas, hombre enteramente suyo y á quien habia traido de España, eran casi los únicos que pronunciaban las sentencias.

Las ejecuciones se sucedian con una espantosa rapidez, yendo acompañadas de confiscaciones que enriquecian á los delatores, y que son orígen de algunas fortunas cuya historia se ha perdido despues.

Si se aplican á los condes de Egmont y de Horn las mácsimas de una justicia absoluta, seria difícil defender su inocencia; pero privándolos de sus jueces naturales se cometia con ellos una flagrante ilegalidad. Ademas, es preciso notar que el feudalismo habia dejado profundas raices, y que éste suponia entre vasallo y señor una mútua correspondencia de servicios y obligaciones. La resistencia se hallaba escrita en las leyes de esta época y del país. La historia en cada página probaba que se habia empleado con buen écsito: con todo, los límites de esta resistencia eran muy confusos. Hubiéranse debido tener en cuenta las cir-

cunstancias, porque la conducta de los dos acusados parecia en último resultado alejar hasta la idea de alta traicion. En buena ley su causa debia haber sido llevada ante el consejo de Brabante, ante los caballeros del toison de oro, ó la cámara imperial.

El conde de Egmont tenia por abogado al señor de Landas y por procurador al de Borchgrave. El señor de Provyns se hallaba especialmente encargado de la defensa del conde de Horn.

Sabina de Baviera, esposa del conde de Egmont, hija del conde Palatino de Semmerin y de Beatriz de Baden, y hermana del elector Federico III, la madre del conde de Horn y su cuñado el conde de Neunar, invocaron los derechos y privilegios de los prisioneros; dirigiéndose sucesivamente al consejo de Brabante, al emperador y á los príncipes del imperio, especialmente al círculo de Westfalia.

La magistratura belga, que siempre hizo gala de una noble independencia, se distinguió tambien en esta ocasion por su firmeza. El consejo de Brabante se dirigió al duque para hacer valer en favor del conde de Egmont su cualidad de brabanzon como el señor de Gaesbeck.

El duque de Alba se hallaba decidido á desatender cuanto se le hiciera presente. Los dias 12, 13 y 17 de Noviembre de 1567, el conde de Egmont fué interrogado en el castillo de Gante, por Vargas, Rio y el secretario Pratz. El original de su interrogatorio está en español: hacerle hablar este idioma en semejante circunstancia era humillarle y advertirle que se hallaba á merced de sus mas implacables enemigos. El conde de Horn fué sometido á las mismas formalidades. El 29 de Diciembre el procurador general del consejo de revueltas, Juan Des Bois, que fué en otro tiempo pensionista en Gante y procurador general en Malinas, fulminó su acta de acusacion.

Este documento que es muy estenso se limita á acriminarlos por haber contribuido á retirar las tropas españolas, por haberse opuesto á Granvelle, por ser cómplices, autores ó instigadores del Compromiso y de la conjuracion de los nobles; y en fin, por haber estado en connivencia con los insurgentes, habiendo faltado á su deber como gobernadores en no reprimir los alborotos, profanaciones, saqueos y tumultos.

Pero Arset, presidente de Artois, miembro del consejo de las revueltas, pero que no asistia á él, sostuvo en una memoria, que las pruebas de estas acusaciones eran insuficientes.

El duque de Alba siguió adelante, y el 4 de Junio de 1568 firmó la sentencia de muerte de los dos prisioneros, que el dia antes habian sido trasportados del castillo de Gante á Bruselas.

VI.

El señor de Mondoucet, *embajador por el rey de Francia cerca de Mad. de Parma y del duque de Alba*, dirigió á su corte una relacion de los hechos, de la que copiamos los principales detalles:

"El conde Egmont al llegar á Bruselas iba en un carruaje con el capitan Tordesillas y otro oficial español. Iban delante cuatro compañías de arcabuceros españoles, á los lados los arcabuceros que mandaba Tordesillas y detras los lanceros de la vanguardia. Seguia despues del carruaje del conde de Horn en el que iba Antonio de Avila y el capitan Erasso. Rodeaban el carruaje los arcabuceros y lanceros de la compañía de Erasso y los de la de D. Antonio de Toledo y de D. Fernando de Saavedra. Estas tropas marchaban con banderas desplegadas y tambor batiente: los lanceros de D. Sancho de Avila formaban las alas.

"El dia 4 de Junio, á eso de las diez de la noche, entraron por las puertas de Bruselas, marchando en batalla por la ciudad, con un *ruido de tambores y pitos, tan horrible, que no hubo espectador de buen corazon, que no palideciese y que no llorase á la vista de una tan triste pompa fúnebre.*

"Condujeron á los prisioneros por el Mercado, donde acababan de ser decapitados veintidos caballeros, y los encerraron separadamente en la *Maison du roy* (1).

"Como á eso de las once de la noche, Martin Rithove, obispo de Ipres, despues de haber procurado inútilmente disuadir al duque de Alba, fué á anunciar á los condenados su sentencia de muerte. Egmont se inmutó en estremo y esclamó con la palidez en el semblante:—"Harto rigorosa es esa sentencia; no creo haber ofendido á S. M. lo bastante para merecer tal castigo; sin embargo, lo llevo con paciencia, y ruego al Señor que mi muerte sea una expiacion de mis pecados, y que mi querida esposa y mis hijos no sufran infamia ni confiscacion; porque mis pasados servicios merecen esta gracia. Puesto que Dios y el rey lo quieren, acepto la muerte con resignacion."

"Preguntó despues al obispo si no habia esperanza ninguna de perdon, á lo que Rithove le contestó que no. Despues dió gracias á Dios y al duque de Alba, por haberle enviado un prelado tan digno para que le asistiera en sus últimos momentos, y pidió que le confesasen, lo que hizo de una manera ejemplar. Rogó al obispo que celebrase la misa, pues deseaba recibir la Santa Comunion de sus manos, á lo que Rithove le contestó que la diria, pero que aun no se hallaba en disposicion de hacerlo pues no habia rezado las horas. El conde temiendo no tener tiempo, le rogó lo hiciera cuanto antes. Y con efecto, poco despues se celebró la misa y Egmont comulgó con mucha devocion. Preguntó en seguida al obispo cuál oracion seria la mas á propósito para encomendarse á Dios, y este le dijo que no conocia ninguna que fuese preferible á la que el mismo Jesus habia enseñado á sus apóstoles, esto es, el *Padre Nuestro.*

"Este consejo causó una viva impresion al conde, quien empezó á recitar esta oracion tan tierna y tan bella por su sencillez: Pero reflecsionando en la triste suerte de su esposa y de sus hijos, se distrajo. Las religiosas exhortaciones del obispo le separaron de aquellos pensamientos mundanos. Viendo que aun tenia tiempo pidió lo necesario para escribir á Sabina de Baviera y al rey."

(1) La Broodhuis [casa del rey] está situada sobre la gran plaza de Bruselas, frente á la casa de ayuntamiento.

Copiamos aquí la última de estas cartas, tan patéticas como enérgicas y moderadas:

"He oido esta mañana la sentencia que V. M. ha tenido á bien dictar contra mí. Y aunque mi objeto no ha sido nunca el de intentar ni hacer nada contra la persona ni contra el servicio de V. M., ni contra nuestra verdadera, antigua y católica religion, tomo con paciencia lo que Dios se digna enviarme. Y si yo durante estas revueltas he aconsejado ó permitido hacer alguna cosa que aparezca de un modo distinto, siempre ha sido con la mas verdadera y buena intencion por el servicio de Dios y de V. M., y por la necesidad de las circunstancias. Por lo cual ruego á V. M. que me perdone y tenga piedad de mi pobre mujer, de mis hijos y de mis servidores, teniendo presente mis pasados servicios. En esta confianza me voy á entregar á la misericordia de Dios."

"Desde Bruselas, prócsimo á morir, 5 de Junio de 1568.

"De Vuestra Majestad,

"Muy humilde y leal vasallo y servidor."

"LAMORAL DE EGMONT."

Así que hubo cerrado esta carta, Egmont la entregó al obispo para que pudiese llegar con seguridad á manos del rey, juntamente con una sortija que llevaba en el dedo, y que Felipe le habia regalado en otros tiempos. Preguntando al obispo sobre lo que deberia decir en el patíbulo para edificacion del pueblo, le dijo éste que cuanto menos hablara seria mejor, y esto por dos razones: primero porque no le oirían, y en segundo lugar, porque el pueblo era tan malicioso, que interpretaría sus palabras de una manera distinta; y que por último, sus palabras podian aprovechar á algunos y hacer daño á muchos.

Entro tanto, se hacian con espantosa rapidez los preparativos de la ejecucion. Infringiendo los privilegios de la ciudad, el duque de Alba habia hecho ocupar la víspera la casa de Ayuntamiento por un destacamento del regimiento de D. Julian Romero: el dia 5 al amanacer, el regimiento de Sicilia y muchas compañías españolas que formaban un cuerpo de veintidos banderas á las órdenes de Romero, marcharon con hachones encendidos á colocarse en batalla sobre la plaza: dos compañias custodiaban el palacio, y las demas tropas de la guarnicion recorrian las calles para impedir los grupos.

Mientras que el conde de Egmont y el obispo de Rithove continuaban ocupándose de las cosas del cielo, los soldados españoles entraron en la sala llevando cuerdas para atar las manos del reo segun era costumbre: Egmont, con el semblante encendido de vergüenza, les dijo que no eran necesarias y que se hallaba dispuesto á morir, y aun les enseñó su jubon cuyo cuello habia mandado cortar de antemano.

El conde de Horn habiendo sabido de un modo análogo el contenido de su sentencia se enfureció contra ella, diciendo que habia ofendido mucho á los pero que nunca habia sido culpable para con el rey. Con todo, el obispo de Ipres, con aquella ...ion que presta el sentimiento religioso, procuró tranquilizar su espíritu y consolarle; y despues de haberle manifestado el poco tiempo que le quedaba que vivir, le exhortó á prepararse á la muerte por medio de una buena confesion.

Pero Horn se negó á hacerlo al principio, en atencion á que se habia confesado hacia mucho tiempo lo con Dios. Pero por fin cedió á las repetidas instancias del obispo, mandó llamar al cura de la villa y cumplió con sus últimos deberes con fervor y ...ncion.

Quejábase Egmont de que tardaban en venirle á buscar, diciendo que puesto que debia morir, era una inhumanidad el prolongar su agonía. A eso de las diez salió acompañado del obispo de Ipres, del maestre de campo D. Julian Romero y del capitan Salinas. Iba vestido con un jubon de paño carmesí y cubierto con una capa negra con broches de oro, calzones de seda negros, calzas de gamuza bronceada, sombrero de seda negro adornado de infinidad de plumas blancas y negras, y llevaba en la mano un pañuelo bordado. El preboste le esperaba cerca del patíbulo con su varita encarnada en la mano.

Egmont cruzó lentamente por medio de las tropas españolas recitando el salmo *Miserere mei Deus* y saludando á los oficiales y soldados, que no podian contener sus lágrimas al contemplar el deplorable fin de tan gran capitan.

Marchaba á la muerte sin hacer una vana ostentacion de indiferencia, sino como caballero y como cristiano.

Cuando subió al patíbulo, colgado todo de negro, rogó al obispo que recitase el *Padre Nuestro*, lo que éste hizo al momento; tres veces recitó la misma oracion, despues de lo cual pidió con lágrimas en los ojos la última absolucion. Habiéndola recibido, se informó de si podia aun esperar el perdon. Romero á quien se dirigió, levantó los hombros, bajó los ojos y calló. Entonces Egmont hizo seña al obispo de que se retirase, se puso de rodillas sobre un almohadon de terciopelo negro, echó atrás su capa y su jubon, y besando repetidas veces el Crucifijo que tenia en sus manos, sacó un pequeño gorro del pecho con el que se cubrió los ojos y dijo en alta voz: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* En el mismo instante el verdugo, que se cree era uno de sus criados, se aprocsimó con gran tiento y le separó la cabeza de los hombros. El sable de que se sirvieron para la ejecucion de aquellos dos desgraciados, segun una constante tradicion, se conserva aun hoy dia en Zorgvliet, casa de campo del célebre poeta holandés Cats, á media legua de la Haya, sobre el camino de Scheveningue.

Un grito unánime de dolor salió de la muchedumbre consternada.